

BOLETIN

DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.

(Art. 15 de los Estatutos.)

El BOLETIN, órgano oficial de la Institución, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las revistas españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50.—Secretaría, Paseo del Obelisco, 8. Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la Institución gira á los suscriptores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia particular».

AÑO XI.

MADRID 30 DE SETIEMBRE DE 1887.

NÚM. 255.

SUMARIO.

EDUCACION Y ENSEÑANZA.

Los asilos de huérfanos y la educación de las clases obreras, por D. J. Sama.

ENCICLOPEDIA.

El agnosticismo contemporáneo, por M. G. Tiberghien.—Terminología del Folk-Lore, por D. A. Machado y Alvarez.—Geología comparada de la Tierra y la Luna, por M. Faye.

INSTITUCION.

Escritura de compra venta del hotel de la «Institución».—Libros recibidos.—Correspondencia.

EDUCACION Y ENSEÑANZA.

LOS ASILOS DE HUÉRFANOS

Y LA EDUCACION DE LAS CLASES OBRERAS,

por D. J. Sama.

Muchas de las diversas instituciones sociales que con su benéfico influjo pueden contribuir á mejorar la condicion de las clases obreras bajo el punto de vista de la educación y la enseñanza; la escuela de párvulos; la elemental y superior; las escuelas superiores; las Universidades; escuelas de adultos; de artes y oficios, lo mismo que aquellas otras que, sin tener especialmente encomendada la educación, pueden de un modo indirecto contribuir á realizarla, como la milicia, los partidos políticos, las corporaciones populares y las congregaciones religiosas encuentran un obstáculo para cumplir su misión en este punto en la influencia de la familia, en los errores del padre y las preocupaciones de la madre, en los mil inconvenientes que surgen cuando se trata de establecer relaciones entre las diversas entidades sociales. En la institución en que hoy nos hemos de ocupar, no parece que semejantes conflictos sean de temer, si es que en realidad existen.

Nos referimos á las casas de maternidad y asilos de huérfanos de todas clases, sostenidos por el Estado. Centenares de niños y jóvenes, varones y hembras, procedentes de los mismos

pasan á nuestro lado, todos con el mismo traje, metidos en apretada fila, con un andar poco resuelto, cubiertos casi siempre sus rostros de palidez nacarada que no siempre hermosea, ojos chispeantes que anunciaran la animación propia de la infancia... ¿Quiénes son? No hay para qué preguntarlo. El hijo del pobre obrero que se inutilizó ó murió rendido por el trabajo, la fatiga y el hambre, y al que acompaña de léjos y como á hurtadillas la solícita madre, poco conforme con que la falta de recursos la prive de dispensar á su hijo los cuidados maternales; criaturas más desgraciadas todavía á quienes abandonaron sus desalmados padres dejándoles por herencia á un tiempo mismo la falta de sus cuidados y ternura y el perpetuo y doloroso recuerdo de su torpe proceder: casi siempre seres infortunados en quienes convergen por innumerables caminos la ignorancia, la miseria, la torpeza y la falta de amor y caridad propias del estado en que se encuentran las clases desheredadas de la sociedad.

Esta parece que llega á reconocer la solidaridad que debe existir entre los hombres; parece que confiesa que es su propio mal el que á tales criaturas aqueja; se subroga en las obligaciones de sus verdaderos padres; declárase tutor de ellas; ampara á los huérfanos, y parece que se propone extirpar el mal grave que con los niños inocentes se ha cometido. ¿Realiza propósito tan laudable? ¿Son las casas de maternidad y asilos de huérfanos, instituciones en que, al ménos por egoísmo bien entendido, se tenga presente que su joven población ha de venir al fin á formar parte de la sociedad, á vivir entre nosotros, y que habrá de ser entonces cual se la haya formado, y que habrá de formar, andando el tiempo, una buena parte de las clases obreras, que empujará ó retardará segun sea su educación el movimiento social? Motivo hay más que suficiente para dudarle, considerando el comercio indigno que con la lactancia de los asilados se realiza. Basta señalar el hecho, de todos conocido y por no pocos censurado ya, en las variadas formas que reviste, é indicar que, tanto el Estado como las corporaciones po-

pulares, Ayuntamientos y Diputaciones provinciales, deberían prohibir en absoluto que se lactaran niños fuera de los establecimientos, y resolver que, si se realizaba, fuera bajo la inspección, cuidado y solicitud de personas ó familias que, por sus honrosos antecedentes ó por su caridad probada, pudieran dar cuenta estrecha de la misión delicada que se les confiaba. Dentro de los establecimientos, á la vez, debería ponerse empeño en que la lactancia se hiciera á toda costa durante el tiempo necesario y en las condiciones más abonadas para el perfecto desarrollo de las pobres criaturas, que bien conoce todo el mundo que en dicho período se echan los cimientos de la vida de los que han de llegar á ser hombres bajo la égida de la sociedad, y cuán grande es la responsabilidad de todos si enfermedades contagiosas, ó vicios hereditarios, ó el escrofulismo, ó la tísia amargan luego durante toda la vida la existencia de seres tan infortunados que han debido por lo mismo hallar en el asilo una madre amorosa y solícita, pero no madrastra desnaturalizada.

En otro respecto, las escuelas de párvulos, de instrucción primaria y superiores, deberían ser en tales asilos las mejores del país, puesto que en ellas pueden acumularse los esfuerzos de todos y la inteligencia de los más, y no median los inconvenientes que para la asistencia y bajo otros muchos puntos de vista, hemos señalado en las demás escuelas públicas; como v. g. la contradicción que no pocas veces surge entre las miras del maestro y las del padre, relativamente al régimen alimenticio, al vestido, al asco, á los juegos, al sueño, etc.; todo lo cual podría ser educador sin contrariedad alguna en las casas de maternidad, con tal que educadores fueran, y de los mejores, los que se encargaran de la dirección de los niños asilados. Porque esto último no ocurre, causa honda pena ver (sin entrar en otros detalles más hondos é internos), esas interminables filas, de niños unas veces, de niñas otras, nunca niños y niñas, todos con vestido oscuro para que sea sufrido, como se dice, y uniforme para que ninguno acuse distinta procedencia; muchos con un mirar penoso hijo del escrofulismo; casi todos con la palidez del recluso y la fisonomía propia de quien está bajo la férrea dirección del pobre anciano con aspecto de pordiosero que los guía, ó del inspector robusto que lleva un fuerte bastón en señal de autoridad.

El maestro del hospicio, es, por otra parte, profesor que enseña á leer, escribir y contar, geografía, ciencias naturales, dibujo, música, gramática, etc., etc. (lo cual no es poco suponer), y que deja la comida, el vestido, el asco, el juego, lo más importante y eficaz de la vida de los niños, al cuidado de otras personas, á veces al de la solicitud, pericia y discreción de la que acabamos de presentar conduciendo

á las pobres criaturas en la calle. Con esto y con que la escuela fuera, aunque solamente bajo el punto de vista de la enseñanza y la instrucción tal como la hemos supuesto, el mal no sería poco grave ya; ¡pero cuán pocas son las que podrían presentarse como modelo dentro del tipo de escuela de mera instrucción! Bien claramente lo dicen, sin acudir á otros comprobantes, los resultados que luego dan; el contingente que suministran á las Universidades y escuelas superiores y á las de música, pintura y otras. En efecto, los desdichados hospicianos parecen llamados por su propia naturaleza á aprender tan sólo de mala manera un oficio mecánico; á su condición humilde parece que *a priori* se contesta diciendo que no se hace poco con haber pretendido que aprendan de aquella manera, y que se contenten con lo que se les da por gracia. Pero hay más, ¿se les enseña el oficio pretendido en las condiciones que hoy se exigen á un operario inteligente para que pueda, en cuanto cabe, estar fácilmente al abrigo de las crisis fabriles é industriales? Seguramente que no: los que hacen el aprendizaje dentro del establecimiento, como los que lo hacen fuera, no lo realizan en mejores condiciones que la generalidad de los aprendices extraños á la casa: fáltales, como á éstos, educación esmerada, instrucción sólida, facilidad para progresar, y la amplitud de cultura técnica que les permitiría en poco tiempo iniciarse en la de un arte ú oficio que hubiera de nacer á la muerte ó decadencia de otro que ántes ejercían: es por tanto su condición semejante á la de toda nuestra clase obrera, de la que vienen á formar parte, después de haber tenido por padre al Estado, por madre á la sociedad y por familia una casa modelo pretendido de educación y de enseñanza.

ENCICLOPEDIA.

EL AGNOSTICISMO CONTEMPORÁNEO

EN SUS RELACIONES CON LA CIENCIA Y CON LA RELIGION (I),

por M. G. Tiberghien.

Cuanto se han dedicado á estudios serios, conocen las dificultades de la ciencia y las condiciones que debe satisfacer. No basta para poseerla penetrarse de la realidad por modo cualquiera, sino que es además preciso que sean verdaderas y ciertas nuestras nociones, que se relacionen entre sí en forma sistemática y que resulten como fruto de un método severo.

En todo tiempo han existido pensadores que, convencidos de tales dificultades, han combatido resueltamente la posibilidad de la ciencia. El *escepticismo* no contradice el conocimiento ni la verdad, sino la certidumbre

(1) Lectura hecha en la Real Academia de Bélgica.

que sirve de reposo al pensamiento. Es la filosofía de la duda. Si pudiera lograr sus propósitos, nos veríamos condenados á la duda universal: dudaríamos de Dios, del mundo, de nuestros semejantes, de nuestros deberes; dudaríamos de nuestra propia existencia; la vida no nos ofrecería seguridad alguna y nos hallaríamos en perpetua contradicción con las tendencias todas de nuestra naturaleza.

Por fortuna, nunca logró el escepticismo destruir las íntimas convicciones del hombre, porque la sola enunciación de la duda exige la previa consulta de la conciencia. Podrán los espíritus frívolos que de todo se mofan encontrar en la duda consuelo; pero en aquellos otros vigorosos fué siempre instrumento de una saludable reacción. Después de cada período de duda se ha comprendido la necesidad de asentar la ciencia en bases más sólidas. Pelletan decía un día en una conferencia, en Bruselas, que el mal es el agente que provoca el bien. La frase es feliz y podemos aplicarla al mal del pensamiento, llamando al escepticismo el agente generador del método.

En los tiempos modernos, después de Descartes, ya no es posible la duda absoluta. Cuantos se atreven aún á insistir respecto de las dificultades de la ciencia, tienen que limitarse á una duda mitigada, dando una parte á la ciencia y otra á la hipótesis.

La filosofía que señala el límite entre la certidumbre y la duda, toma el nombre de *crítico*. Kant, en el siglo pasado, se encarga de levantar esta bandera, tomando por línea divisoria entre la ciencia y el escepticismo aquella parte del método analítico que se denomina observación ó experiencia. La ciencia es, por consiguiente, posible á sus ojos en el círculo de la observación, bien sea interna, bien sea exterior. Se ocupa de los *fenómenos*. Más allá de los hechos empieza la región de los *noúmenos* ó de la esencia de las cosas de que solo tenemos un conocimiento ilusorio.

De esta crítica de Kant salieron cuantos ataques se han dirigido contra la metafísica en nuestros días; mas para poder apreciar el progreso de la demolición de las grandes nociones filosóficas que hasta aquí alimentaran las convicciones morales y religiosas del género humano, importa notar que aún el mismo Kant ponía ciertas reservas á sus negaciones.

Por más que limitara la ciencia á la observación, reconocía que la observación misma es imposible sin las categorías de cantidad, calidad, relación y modalidad, inherentes al pensamiento. También confesaba que las matemáticas no descansan en manera alguna en la experiencia, siendo, sin embargo, ciencias exactas. Declaraba, por último, que si las ideas de Dios, del alma inmortal y del deber no pueden hallar garantía en la razón pura, son por lo menos objetos de la razón práctica, que merecen ser consagrados como los postulados ó

las condiciones del orden moral del mundo. Había en esto bastantes concesiones que permitían discutir nuevamente las cuestiones metafísicas y refutar las objeciones del gran crítico.

Su crítica no era sino aplicación del escepticismo á la alta especulación. Dudaba de la certidumbre, pero admitía el conocimiento; venía á ser una segunda advertencia á la filosofía, una nueva provocación al método. Podía, pues, preguntarse si Kant al analizar el espíritu había tenido presentes todas nuestras facultades intelectuales. ¿Habría confundido la razón con el entendimiento? Llenando sus lagunas, eliminando sus errores, procediendo con mayor método, cabía ensayar un nuevo plan de reconstitución para la metafísica. Tal fué el proyecto acariciado por Krause, á principios del siglo. Se ha reformado la filosofía en todas sus partes; pero después de tanta inútil tentativa difícilmente renace la confianza. Todas las doctrinas innovadoras necesitan un período de incubación, y mientras este período llega, la crítica continuará su obra devorándose á sí propia.

Tal es el espectáculo presente; el criticismo se ha desbordado hoy, y no se respetan ya las reservas de Kant. De todo el método experimental sólo resta la observación exterior, sin elemento alguno *a priori*; toda la inteligencia se reduce á la sensibilidad nerviosa, y toda la realidad á los fenómenos naturales. Tal es el *positivismo* extremo. La metafísica no sólo deja de ser objeto de certidumbre, sino que ni lo es de conocimiento. El infinito, lo absoluto, Dios, quedan aquí considerados como inaccesibles al pensamiento; relegados á una esfera aparte, donde no penetra la razón; son objetos literalmente incomprensibles, ininteligibles, inconcebibles, incognoscibles, *ἀγνώστοι*. Tal es el *agnosticismo*, último reto del positivismo y de la crítica. No es una apelación al método que deje al pensamiento la esperanza de reponerse, sino la definitiva condenación de la inteligencia en sus relaciones con los excesos supra-sensibles; la formal negación de los derechos de que goza la razón desde el origen de la Humanidad.

Es, pues, el agnosticismo una novedad que es preciso procurar apreciar en su justo valor. Porque importa saber si la razón que constituye nuestra gloria, que aspira á lo infinito y lo absoluto, que pretende hallar en Dios los principios de la ciencia y de la religión, merece nuestra confianza ó nuestro menosprecio.

El agnosticismo, en su forma concreta, nació en Inglaterra. Locke, formuló contra Descartes la crítica de lo infinito, y William Hamilton contra Cousin, la crítica de lo absoluto. Los teólogos habían terciado en la lucha y para combatir mejor el deísmo, tan vivo en Inglaterra, negaron resueltamente la competencia de la razón. Herbert Spencer, en sus

Primeros principios (1862), recogió esta crítica completándola; encontrándose aquí los elementos de la *teoría de lo incognoscible*.

Spencer, siguiendo el ejemplo de Kant, traza una línea divisoria entre lo sensible y lo supra-sensible, entre los objetos de la experiencia y los de la razón. Más acá de este límite, el pensamiento puede desenvolverse ampliamente como conocimiento, como verdad y como certidumbre; pero más allá es incapaz de distinguir, de conocer, y si, presuntuoso, se aventura en esas tenebrosas regiones, tropieza con contradicciones insolubles. Preciso parece, por consiguiente, que el espíritu humano sea humilde, resignándose á ignorar eternamente cuanto no se encuentre á su alcance. ¿Qué objetos son los que pertenecen al dominio de lo desconocido y lo incognoscible? Primeramente Dios, lo infinito y lo absoluto, ó lo que es lo mismo, según Spencer, las ideas últimas de la *religion*; después el espíritu, la materia, el tiempo, el espacio, el movimiento, es decir, las ideas últimas de la *ciencia*. «La inteligencia no alcanza más que á lo relativo.» ¿Qué le queda entonces á la ciencia? «Las coexistencias y las secuencias de los fenómenos.» ¿Qué será, pues, la filosofía? «El conocimiento de la más alta generalidad del orden científico.» ¿Qué la *religion*? «La conciencia de un poder que se manifiesta en el universo,» pero cuya naturaleza es completamente impenetrable.

Todo esto es claro y preciso; es la forma inglesa del positivismo, despojado de sus extravagancias políticas y religiosas. Veamos si la teoría tiene defensa.

Sus defensores sacan los argumentos favorables al agnosticismo de la naturaleza del pensamiento humano; pensamiento que tiene sus límites y sus condiciones, según afirman, y que, por consiguiente, no puede salir de la esfera de lo condicional y lo limitado, ni alcanzar á lo infinito y lo absoluto. Además, pensar es distinguir, y el infinito no se distingue de nada, ni aún de lo finito; si no dejaría de ser tal infinito. Pensar es también ponerse en relación con un objeto, y lo absoluto es independiente de toda relación con cualquier otra cosa. ¿Entre qué género de cosas podrían clasificarse lo infinito y lo absoluto? En cuanto á la idea de Dios, causa como primera, «es una concepción simbólica del orden ilegítimo.» Esto en lo tocante á la *religion*. Las ideas últimas de la ciencia son igualmente inabordables. Imposible saber si el espacio y el tiempo tienen una existencia subjetiva ó objetiva, si son finitos ó infinitos, si el movimiento es absoluto ó relativo, continuo ó discontinuo; imposible representarse la composición y la divisibilidad de la materia, la acción de las fuerzas, la realidad del espíritu. Todo conocimiento es, por consiguiente relativo, como lo prueban superabundantemente las contradicciones de los sabios y de los filósofos

cuando discuten la naturaleza íntima de las cosas.

Dos maneras hay de apreciar estos argumentos: ó bien refutándolos directamente, demostrando que carecen de valor lógico, ó bien exponiendo los puntos principales de la metafísica científica, esto es, probando por el hecho que tenemos un conocimiento positivo y legítimo de los objetos que consideran incognoscibles. Nos concretaremos aquí á la primera manera.

Consigno en primer término que la tesis de lo incognoscible no se halla en modo alguno fundada en la teoría del conocimiento. Y sin embargo, si ciertos objetos son inteligibles y otros ininteligibles, preciso es que entren los unos en la definición del conocimiento, excluyendo de ella á los otros. Pero Spencer, que con tanto cuidado analiza las nociones fundamentales de las ciencias físicas y biológicas, apenas si toca á la lógica, permaneciendo en la vaguedad respecto de todo aquello que se refiere al conocimiento, á la verdad, á la certidumbre, el método y aún la ciencia; de suerte que sus conclusiones pueden ser interpretadas unas veces contra el conocimiento en general, y contra el verdadero conocimiento otras. La única indicación precisa que se encuentra en su psicología y en sus primeros principios, es la de afirmar que el conocimiento supone una representación de las cosas, una imagen, viniendo á ser de este modo conocer figurarse ó imaginarse un objeto. Grave error, porque puede pensarse sin imágenes, y á no ser así nunca pensaríamos más que en cosas determinadas y particulares. Precisamente lo propio en el hombre es elevarse por cima de las determinaciones de la esencia. El autor no ha advertido aquel género de conocimiento indeterminado que se relaciona con los objetos considerados en su esencia una é indivisa y que halla por doquiera su aplicación en la metafísica. Lo indeterminado carece de imagen. Cuando pensamos en lo infinito agótase la imaginación en vanos esfuerzos para recogerlo, alcanzando sólo á lo indefinido, á lo incommensurable. Pero lo que no comprende la imaginación, la razón lo concibe sin dificultad. El infinito es una idea simple de la razón, la idea de todo ó de totalidad. No hay que buscar un principio y un fin al espacio y al tiempo, que no se encontraría; pero no por esto debe decirse que el tiempo y el espacio son incognoscibles en tanto que infinitos, sino únicamente que son inimaginables. Este error es el origen de la mayor parte de las dificultades que se suscitan acerca de la concepción del infinito. Por desgracia, Spencer no ha sabido separar la razón de la imaginación y del entendimiento, limitándose á seguir en este punto el ejemplo de Locke, Hamilton y Comte. Para quitar al hombre el conocimiento de las cosas supra-sensibles, se empieza por des-

pojarlo de la razon. Sencillo es el procedimiento, pero el resultado así obtenido no es más que la consecuencia de una psicología deficiente.

Examinemos los argumentos. ¿Por qué se nos escapa el infinito? Porque nuestro pensamiento es limitado. Sería parece la objecion puesto que nuestra limitacion intelectual es un hecho atestiguado por nuestra ignorancia, nuestros errores y nuestras dudas; mas la conclusion que de él se deduce excede á las premisas. Resulta lógicamente de la limitacion de nuestro pensamiento que todos nuestros conocimientos son limitados; pero en modo alguno que solo podamos conocer lo limitado. Admito plenamente que nuestros conocimientos sean limitados, y por consiguiente, que existe un límite á nuestro conocimiento de lo infinito y aún á nuestro conocimiento de lo finito; no podemos agotar el infinito ni tampoco lo finito, carecemos de la omnisciencia, hay y habrá siempre profunda diferencia entre nuestros conocimientos y el conocimiento que posee una inteligencia infinita: pero este límite en el sujeto que conoce, no es en modo alguno obstáculo para conocer lo infinito, ni aún para conocerlo exactamente, pues los mismos límites se dan en los conocimientos matemáticos, que son ciertos sin embargo. La dialéctica de la limitacion y de lo infinito, es tan fácil y tan legítima como la de la cantidad, cuando se procede con método, como ya lo demuestra el cálculo infinitesimal. ¿Por qué, pues, nos ha de estar vedado conocer lo infinito? ¿No reunimos todos los elementos del conocimiento: un sujeto, un objeto, una relacion? ¿Qué más se necesita? Se requiere que el objeto se contenga en el sujeto para ser comprendido, como á veces sostienen los teólogos apoyándose en el doble sentido de la palabra *comprender*? Sería un error manifiesto: la tierra y el sol que conocemos no están en nosotros, sino nosotros en relacion con ellos por medio de nuestros sentidos y de nuestra inteligencia; esto basta. ¿Se negará que existen relaciones entre lo finito y lo infinito? Todos los autores sostienen que lo finito no se concibe sino en lo infinito ó que lo finito es una parte de la realidad y lo infinito la realidad entera. No hay en el hombre noción más familiar que la de todo y parte; ahora bien, el todo es lo infinito, y lo finito la parte. ¿Hay nada más sencillo? ¿Será preciso distinguir, como hace Vacherot, entre concebir y conocer? No, Spencer no señala esta diferencia y por ello le felicito. El conocimiento es, con efecto, un término genérico que abraza todos nuestros modos de conocer. Por esto el autor dice indistintamente que lo infinito es incognoscible, inconcebible, ó incomprensible. Los otros argumentos contra la concepcion de lo infinito valen aún menos que el primero. Se dice que la funcion del pensamiento es

distinguir las cosas y clasificarlas, y que lo infinito no puede distinguirse de nada, ni clasificarse en ninguna categoría. Hay que convenir en que es singular objecion en boca de un autor que pretende que no sabe nada de lo infinito. Lo conoce tanto, que afirma que no puede agruparse con las cosas finitas y sin vacilar lo coloca en la clase de las incognoscibles. ¿Pero es exacto que lo infinito no es objeto de una noción distinta? Lo cierto es que lo infinito no debe separarse de lo finito como si formaran dos especies coordinadas ó dos términos contrarios, puesto que lo infinito lo es todo, incluso lo finito. Pero distinguir no es separar, porque dos cosas pueden ser completamente distintas sin estar separadas. Distínguese perfectamente entre el cuerpo y sus órganos, entre un todo y sus partes, aunque el cuerpo y sus órganos sean inseparables en la vida, aunque el todo y las partes no constituyan más que una unidad. Todo lo finito está en lo infinito, no á su lado. Puede, pues, decirse que lo infinito es todo lo finito *interiormente*. Pero un todo no debe considerarse solamente en el interior, como un conjunto de partes, sino principalmente en sí mismo, como todo, en su unidad indivisa. Aquí es donde surge la distincion entre el todo como tal, y la parte como tal parte, entre lo infinito y lo finito. En esta distincion, que el autor no ha señalado, descansa toda la metafísica, y basta colocarse en tal punto de vista para que concluyan todas las antinomias que se consignan entre lo infinito y lo finito. Pregúntase en qué género de cosas es preciso colocar lo infinito y lo absoluto. Seguramente que no los clasificaremos en ninguna familia de cuerpos, sino entre las propiedades y los atributos del Sér. El Sér es uno, todo, es el que es. En tanto que es todo, no tiene límites, es infinito; en tanto que es el que es, se basta á sí mismo, carece de condiciones, es absoluto. Todas las cosas encuentran su lugar en el Sér, hasta el principio de la evolucion. La clasificacion supone siempre un primer término que no está clasificado y que no por hallarse ménos determinado es ménos comprendido que los demás términos; la parte implica un todo, lo justo y relativo exige como causa el Sér de toda realidad, que es infinito y absoluto, que está por encima de todo género, y por esto mismo se distingue de todos los órdenes de cosas que pertenecen al mundo.

Pasemos ahora á las objeciones relativas á lo absoluto, que se dice inconcebible porque nuestro pensamiento es relativo y condicional, mientras que lo absoluto es independiente de toda condicion. Hay, pues, nueva incompatibilidad entre el sujeto y el objeto del conocimiento, y consiguientemente, imposibilidad de alcanzar el objeto. Véase que el argumento contra la investigacion de lo absoluto, corresponde exactamente al argumento

deducido de nuestra limitacion contra el concepto de lo infinito. Lo absoluto sólo puede conocerse por lo absoluto, como lo infinito por lo infinito. Confunde el autor una vez más la ciencia con la omnisciencia, y parece que dice que el conocimiento exige una relacion de identidad entre el sujeto y el objeto. En tal sentido el pensamiento sólo podría conocer el pensamiento, lo cual es falso; porque el pensamiento tiene por objeto conocer una cosa cualquiera, sustancia, propiedad ó fenómeno, sin que sea necesario que esta cosa afecte la misma naturaleza del pensamiento, aunque para ser conocida en verdad sea preciso conocerla segun su naturaleza. Expresa el conocimiento una relacion de ciencia propia, en que el sujeto y el objeto conservan sus cualidades distintas en vez de modificarse el uno por el otro. ¿Pero entónces en qué nos impedirían conocer lo absoluto las condiciones inherentes al pensamiento? La única consecuencia que resulta lógicamente de nuestra condicionalidad, es que la formacion de nuestros conocimientos, incluso el conocimiento de lo absoluto, se halla sometido á condiciones; consecuencia que acepto tambien. ¿Qué se requiere para obtener el conocimiento de las cosas exteriores? Los sentidos y la inteligencia. ¿Y para conocer las cosas supra-sensibles? La razon. Porque nuestros sentidos nos revelan la naturaleza y la razon lo divino. Los sentidos y la razon son los órganos de la vida de relacion del alma y, por tanto, las condiciones de nuestros conocimientos trascendentales. La primera condicion que debe llenar todo el que desee darse cuenta de los atributos divinos, será pues separar los elementos racionales del pensamiento, las ideas universales, las categorías, condicion que precisamente falta á los que pretenden que lo infinito y lo absoluto son incognoscibles. La insuficiencia de su lógica acusa la deficiencia de su psicología, circunstancia característica de la filosofía inglesa, tan rica en observacion como débil en metafísica.

¿Es todavía necesario detenerse en las objeciones que se suscitan contra el conocimiento de Dios? Lo estimo inútil. A Dios sólo puede concebirsele como causa primera del mundo, y el autor de los *Primeros principios* declara «que es una concepcion simbólica del orden ilegítimo.» Los trabajos de Aristóteles, de los Padres de la Iglesia, de los Doctores de la Edad Media, de los Cartesianos y de los Kantianos merecian más que esta frase desdeñosa. La idea de Dios es la más simple y elevada de la razon, es la idea del Sér. El mundo encierra únicamente seres determinados: solo Dios es el Sér, es decir el Sér Supremo y simple, el Sér completo, el Sér de toda realidad *το ὄν, το ὄντως ὄν*, como decian Platon, Aristóteles, los Alejandrinos y los Septante; *eas, ens realissimum*, como decian los Padres y los Doc-

tores; *ens a quo et per quem et in quo sunt omnia*, como decian San Pablo, San Agustin, San Anselmo y toda la Escuela; el Sér perfecto, como lo expresaban Descartes, Bossuet, Fencelon y Malebranche. El Sér es el principio universal de todo lo que es, y el principio de la ciencia misma. Toda la metafísica está en el desenvolvimiento regular de esta proposicion: Dios es el Sér. Considerado el Sér en sí mismo, se obtienen todos los atributos de Dios, El Sér sólo puede concebirse como siendo uno, como siendo todo, como siendo por sí mismo. Dios es, pues, el Sér uno, infinito y absoluto. Considerado el Sér en su interior se obtienen todos los órdenes de cosas que constituyen el universo. Todo esto se halla bien claro cuando se está en el buen camino y en perfecta concordancia con las aspiraciones del espíritu humano en todos los tiempos y en todos los pueblos.

Dios, lo absoluto, lo infinito, son la base de la *Religion*. Para los agnósticos, la religion toda es ignorancia, misterio y contradiccion. Las tinieblas no envuelven únicamente á los dogmas sobrenaturales de las doctrinas que descansan sobre alguna revelacion histórica, sino á los principios mismos de la religion natural, que sólo se apoya en la razon. Lo desconocido es el ideal religioso del agnosticismo.

No discutiré aquí las objeciones del autor concernientes á las ideas últimas de la ciencia, la concepcion del tiempo y el espacio, el movimiento y la fuerza, el espíritu y la materia; porque es bien evidente que el agnosticismo se extralimita cuando se ocupa en tales objetos. Gracias á los trabajos de los físicos, matemáticos y filósofos, poseemos hoy un conocimiento muy extenso de las formas y de la autoridad de los diversos seres del mundo, y sin embargo, se colocan todos estos objetos en la categoría de lo incognoscible, como si no se supiera nada de ellos y no fuera posible llegar á saberlo nunca.

(Concluirá).

TERMINOLOGÍA DEL FOLK-LORE (1).

IV.

OBSERVACIONES DE

D. A. Macbado y Alvarez.

Cuando leí en *The Folk-Lore Journal* la modesta cuanto galante invitacion que el señor G. L. Gomme dirige á los miembros de la Sociedad inglesa de que es secretario, para que den á conocer su opinion respecto al sig-

(1) Véanse los números 187, 189 y 193 del BOLETIN. En este artículo, traducido al inglés y publicado en *The Folk-Lore Journal*, de Londres, se continúa la discusion mantenida en dicha Revista acerca del significado y alcance del término *Folk-Lore*.

nificado y alcance de la palabra *Folk-Lore* y á la terminología de esta ciencia, formé el proyecto de escribir el artículo que publico hoy con gran temor, pensando que, por ser el único español que existe en dicha Sociedad, va á tocarme la inmerecida honra de llevar la voz de mi patria en la importante discusión científica á que, sin duda, ha de dar origen la breve nota aludida, *Folk-Lore Terminology*, á que ya han contestado los Sres. Nutt, E. Sidney Hartland, C. Stanisland Wake y Henry B. Wheatley, en los números del citado periódico correspondientes á los meses de Octubre y Noviembre último.

Es, por tanto, el primer ruego que quiero dirigir á mis ilustres colegas, y á cuantos lean este artículo, que tengan como míos todos los desaciertos en que pueda incurrir, y únicamente como de España lo que en él pudiese haber aprovechable, si fuese tal mi fortuna que lograrse hacer siquiera una indicación útil para la investigación científica propuesta por el ilustre secretario de la Sociedad inglesa, á la cual creo que deben contribuir los mitógrafos y folk-loristas de todas las naciones, ya que, por no estar deslindados aún, ó, mejor dicho, por tratarse de señalar definitivamente ahora los límites de la nueva ciencia, ésta se cultiva en las diversas naciones con diferentes tendencias y sentidos.

Descargada así mi conciencia, quiero, sin más preámbulos, manifestar desde luego mi conformidad con la opinión sustentada por los Sres. Gomme y Nutt, de que no son una misma cosa, como por algunos se pretende, el *Folk-Lore* y la *Mitología*, la cual, á mi juicio, sólo puede considerarse, á lo sumo, ó como una rama del *Folk-Lore*, ó como una dirección especial de esta ciencia.

La *Mitología* trata de los mitos ó ficciones, de elementos predominantemente imaginativos ó fantásticos, y estos elementos no pueden considerarse de otro modo que como *productos* especiales de una función cerebral ó psicológica, esto es, como un capítulo de la *Demo-psicología*, siquiera esos productos predominantemente propios de un estado de civilización, subsistan mientras el espíritu humano no haya pasado del estado de evolución en que ordinariamente los formaba. En la actualidad créanse mitos, sin duda alguna; pero éstos son, con relación al estado medio de cultura de las naciones modernas, verdaderas excepciones. Los mitos no son, á mi juicio, después de todo, más que un resultado del predominio de la fantasía sobre otras facultades mentales superiores. La potencia mitificadora, que se aumenta y aviva en las épocas de los grandes desastres y calamidades (1), acaso por un com-

plejo fenómeno de atavismo, es mucho mayor en los hombres incultos que en los civilizados. La potencia mitificadora de Carlos Darwin debía ser nula ó casi nula en relación con la de los monjes de la Edad Media y la de los labriegos ó rústicos de Dorsetshire.

En este sentido, creo que Mr. Nutt, al definir el *Folk-Lore* como la *Antropología que trata del hombre primitivo*, no puede en rigor exagerar la distancia que media entre esta ciencia y la *Mitología* comparada, puesto que los mitos y los elementos míticos que, combinados, dan origen á aquellos, parecen propios de una edad primitiva en que sólo entran en juego un número reducidísimo de ideas y un gran número de imaginaciones.

Tampoco se me alcanza la razón con que Mr. Nutt excluye en absoluto la *Biología* del dominio del *Folk-Lore*; pues bien se consideran el espíritu y el cuerpo como cosas esencialmente diversas, bien como bases distintas de una misma cosa, nunca resulta claro que los fenómenos biológicos sean iguales en los hombres y en los animales, y los psicológicos, por el contrario, diferentes. Aun admitiendo la dualidad de espíritu y cuerpo, si existe una evolución física, parece natural que haya de existir también una evolución psicológica, paralela y correspondiente á aquella. No llegan, por tanto, á convencerme los argumentos de Mr. Nutt para excluir en absoluto del estudio del *Folk-Lore* los fenómenos biológicos. Más aún, en el camino recorrido por mi pensamiento respecto al *Folk-Lore*, he llegado á pensar alguna vez que era, en cierto modo, una *Biología psicológica*, por cuanto en él se podían estudiar, mejor que en otra ciencia, la marcha y el desenvolvimiento del espíritu humano á través de las edades y los tiempos.

También el *Folk-Lore*, en lo que se refiere al estudio de los usos, costumbres, ceremonias, fiestas y ritos y, en general, á esos actos de la vida en que, por decirlo así, se cristalizan las creencias, sentimientos, afectos y, en suma, todas las energías espirituales de un pueblo, ha llegado á parecerme una ciencia que pudiera llamarse *Demo-biografía*, si bien hoy considero que ésta, como la *Demo-psicología*, según más adelante explicaré, constituyen las dos ramas fundamentales del *Folk-Lore*, á las que Mr. E. Sidney Hartland llama *Folk-thought* (pensamiento popular) y *Folk-practice* (práctica popular), y aún mejor *Folk-wont* (uso ó costumbre popular).

El *Folk-Lore*, desde este segundo punto de vista, ó sea el del estudio de los usos y costumbres populares, tiene íntimas relaciones con la *Sociología*, pues los datos aportados por aquél á esta otra ciencia, niña también, son

(1) Ejemplo práctico de esta verdad hemos tenido en los terremotos de Andalucía y en la última epidemia cólera que afligió á las naciones italiana y española; en

ambas épocas nacieron, especialmente en las provincias del Sur de Italia y de España, numerosas leyendas supersticiosas y nacieron otras nuevas.

de un precio incalculable. El pueblo consigna en sus cantares y refranes, en los primeros desde el punto de vista del sentimiento, y en los segundos desde el punto de vista experimental é inductivo, las creencias é ideas que tiene acerca de esas relaciones sociales que, integradas en grupos cada vez más complejos, constituyen toda la sociedad. El hombre del pueblo es, no sólo amante, marido, padre, hijo, hermano, amigo, sino que es también, á su modo, juez, fiscal, concejal, diputado, maestro, operario, aprendiz, etc., etc., y en cada uno de estos estados, unos inherentes á la naturaleza humana, y otros al oficio ó profesión á que cada cual se dedica, aprende una porción de datos sociológicos y aun de leyes de vida, que consigna luego en aquellas producciones, y sin los cuales la Sociología, si aspira á ser realmente ciencia fundada en hechos, no puede dar un paso. El Folk-Lore tiene, á mi juicio, indudablemente un aspecto sociológico; cae, en cierto límite dentro de la esfera de la Sociología, como con facilidad se comprende considerando que *Folk* significa pueblo, género humano; esto es, agrupación de hombres, pero no el hombre como individuo. La existencia del derecho consuetudinario y los asuntos que Mr. Gomme habrá seguramente estudiado con motivo de su obra, no sé si publicada ya ó en preparación todavía, *Folk-Moots in the open air*, comprobarán á nuestro ilustre colega esta verdad.

De lo dicho se desprende que, si bien el Folk-Lore tiene para mí algo de Biología psicológica, algo de Sociología y, naturalmente, algo también de Antropología, no puede confundirse con ninguna de estas ciencias, ni aún siquiera formar un mero capítulo de cada una de ellas. La adición de Mr. Sidney Hartland, que reduce el Folk-Lore á aquella *parte de la Antropología que trata de los fenómenos psicológicos del hombre inculto*, paréceme acertada, aunque deficiente; acertada, porque excluye del dominio de Folk-Lore los fenómenos fisiológicos del hombre que, hasta ahora, sólo en la Fisiología pueden estudiarse, y porque sustituye á las palabras hombre *primitivo* (*primitive*), hombre *no civilizado* (*uncivilised*); deficiente, porque en el hombre culto hay también asunto de Folk-Lore, y porque no indica con bastante claridad el carácter de agregado ó de agrupación que presenta el pueblo, mediante el cual precisamente, según se ha dicho, cae su estudio dentro de la Sociología.

Pero, ¿cuál es entonces la esfera propia del Folk-Lore? ¿Cuáles los límites que lo distinguen y separan de las otras ciencias análogas?

El Folk-Lore, á mi juicio, abarca, bajo un aspecto, toda la vida y todas las ciencias, y es, á su vez, una faz ó aspecto de todas ellas. Procuraré explicarme. Todo conocimiento de los que llamamos científicos ha sido folklórico en un principio, y aún quizá lo sigue siendo en

una parte mínima. Como en definitiva la razón y la inteligencia humana son las que conocen, y por serlo, todos los hombres están dotados de inteligencia y de razón, el pueblo, que es una agrupación de hombres, tiene conocimientos más ó menos imperfectos de todas las cosas. Mil veces se ha repetido que la Alquimia precedió á la Química; la Astrología á la Astronomía; el contar por los dedos de la mano, á las Matemáticas; y en Artes, el tosco instrumento que imitaba el monótono golpe de la gota de agua al caer sobre el suelo, á los infinitos y variados acordes del violín; los informes trazos hechos con un instrumento punzante en las pizarras ó en las cortezas de los árboles, á las obras de los grandes maestros del dibujo; la pintura monocromática ó de un solo color, á los prodigios pictóricos que hoy admiramos. Ninguna de las maravillas científicas ó artísticas de que la humanidad se enorgullece brotó espontánea y repentinamente de la inteligencia humana, como supone la *Biblia* que se hizo la luz.

Pero si el Folk-Lore, por su extensión, abarca el asunto de todas las ciencias, por la cualidad ó grado de conocimiento que supone, se distingue de estas. El pueblo sabe Astronomía, y Astronomía sabe el astrónomo; pero éste ha alcanzado, sobre las nociones primeras de aquel, que le sirvieron de base, un conocimiento mucho más rico, amplio y elevado; conocimiento superior que, á su vez, muy lentamente, se va extendiendo y generalizando á las capas inferiores sociales, en las cuales queda como *resto* de un grado determinado de civilización, mientras la ciencia sigue avanzando en su camino, descubriendo nuevos horizontes y prescindiendo ya de aquellas ideas que, científicas en su día, ó quizá, mejor dicho, propias de la clase erudita, quedaron relegadas al vulgo. De donde se deduce que muchos refranes que andan hoy en boca de las viejas y gentes incultas, fueron en su tiempo reputados como sentencias de sabios, hasta tal punto que, en un estudio paramiológico concienzudo, no sería difícil discernir el contingente ideal que á los refranes aportaron doctrinas filosóficas, morales y religiosas tan influyentes como la aristotélica, la socrática y la cristiana. Valiéndome de una frase algo humorística, pudiera decir que el hombre de ciencia hace con el pueblo algo parecido á lo que hace un gastrónomo con ciertos mariscos, esto es, que se come el animal y tira las cáscaras; que esto, y no otra cosa, son esas mismas sentencias que en los refranes se consignan cuando no sirven para traducirse en hechos prácticos en la vida.

Manifestado que el asunto del Folk-Lore comprende, en cierto modo, el de todas las otras ciencias, y que el grado de conocimiento que supone es inferior al sistemático de aquellas, voy á indicar ahora el concepto que tengo

del sujeto pueblo, pues sólo despues de analizados los componentes de la palabra *Folk-Lore* podré formular una definicion de esta ciencia.

La palabra *Folk*, correspondiente á los vocablos *volk* aleman, *vulgus* latino, *volgo* italiano, *vulgo* español, segun la opinion autorizada del filólogo italiano Estanislao Prato, significa, á mi juicio, no toda la humanidad ni una personalidad abstracta, sino una parte de la especie humana, un conjunto de hombres que, *por diferenciarse entre sí lo menos posible*, poseen una serie de notas comunes y son realmente anónimos, á distincion de otra serie de hombres que, *distinguiéndose lo más posible entre sí*, tienen personalidad notoria, hasta el extremo de dar nombre á una escuela, á un partido, á una secta, á una doctrina, á una época. A la primera de estas variedades humanas se da hoy el nombre de *pueblo*, y en éste se halla el sujeto de la ciencia en que me ocupo. El pueblo es aquella parte de la humanidad que no ha llegado por la reflexion y la cultura á adquirir plena conciencia de sí y á ser un verdadero conjunto de *individuos*, en el pleno sentido de la palabra. En el pueblo se hallan confundidos una multitud de hombres cuyo esfuerzo individual se pierde en la historia, como se pierde el esfuerzo de cada abeja en la miel, que es, al mismo tiempo que el fruto del trabajo de todas ellas, el resultado de la contribucion de infinidad de flores.

La idea misma de pueblo como masa indiferenciada y anónima supone ya una diversificación dentro de la humanidad, que parece racionalmente posterior á la aparicion de esta sobre nuestro globo, siquiera sus gérmenes pudieran existir desde el principio.

Y digo que creo que la época en que se forma el pueblo como una variedad humana es posterior á la aparicion de ésta sobre el planeta, no porque entre los hombres primitivos no existiesen diferencias, como entre los mismos individuos del pueblo y entre todos los hombres se advierten, sino porque aquellos antropoideos que llegaron á imponerse por la fuerza ó la astucia, si se toleraron por aquello de que *los lobos no se muerden unos á otros* no formaban una como casta, como en épocas posteriores aconteció. El repartimiento del poder entre los más fuertes supone ya un inmenso adelanto en la vida social. Entre los mismos monos llamados *oradores* hay individuos que llevan, por decirlo así, la voz cantante entre sus compañeros, que aullan, gritan, danzan y gesticulan á su alrededor remediando á su jefe; mas estos jefes ó monos aristocráticos, si se permite la frase no llegan á constituirse en sociedades, como los brahmanes, por ejemplo, ó los tchatriyas las forman ya en épocas remotas, y los títulos y nobles en los tiempos modernos. La humanidad se presenta como un sér aparentemente inorgánico é indiferenciado en un

principio, que va desplegándose luego y mostrándose en organismos interiores, hasta especificar sus funciones en el grado que hoy vemos en los países más cultos. Su primer desdoblamiento ó segmentacion parece ser, como el de la célula, en dos: un segmento que es quien únicamente podría representar al *pueblo*, y otro á la serie de individuos más diferenciados entre sí, como agrupacion ó sociedad distinta.

El pueblo puede sólo considerarse como la humanidad primitiva, en tanto que de su seno, como de la nebulosa se desprenden los astros, se desprendieron, por segmentaciones lentas é inapreciables en un principio, individuos que por sus caracteres más ó menos afines formaron las antiguas castas, de que hoy son un vestigio las llamadas clases sociales. Mas, por lo mismo que la formacion de éstas fué lenta y quedaron retenidos en la masa comun los individuos que no tuvieron la energía suficiente para romper, por decirlo así, la placenta que los aprisionaba, éstos, por la comunidad de vida á que su impotencia relativa física ó espiritual los condenaba, acentuaron sus notas *comunes*, y vivieron y se desarrollaron de un modo más uniforme y dependiente de las condiciones del medio. Hay, por tanto, una Demobiología; el pueblo, aún como masa, adelanta y progresa; la supersticion y la creencia misma se modifican y varían con el trascurso de los tiempos; los mitos, por ejemplo, y los mayores errores formados hoy ó concebidos por el pueblo, son, aunque análogos, diferentes de los de los hombres primitivos, por lo cual no creo que el estudio de los fenómenos mentales de las razas salvajes, actuales ó pasadas, corresponda exactamente al estudio de los fenómenos mentales del pueblo.

El pueblo tiene como nota distintiva, característica y propia, el ser conservador por excelencia (1). La razon es muy obvia. Siendo escaso el número de ideas que posee, y oyéndolas repetir con mayor frecuencia, se graban más profundamente en su cerebro. La tradicion se encarga de transmitir las de boca en boca á las generaciones posteriores, y los actos de su vida, regulados, gobernados y regidos por ellas, contribuyen tambien á perpetuarlas por medio de los hábitos, usos y costumbres. Mas como el acicate de nuevas necesidades engendra nuevos conocimientos que vienen á desligar, en cierto modo, los usos y costum-

(1) Confirman, á mi juicio, esta opinion las autorizadas palabras del ilustre mitógrafo portugués Theophilo Braga, quien, á otro propósito, escribe en la *Introduccion* á la interesante obra *Cantos populares do Brasil*, del profesor Sylvio Romero: «a colonia conserva o estado da civilização que recebeu em uma dada época e que o isolamento torna estavel, da mesma forma que o individuo quanto mais se sumerge nas ínfimas camadas sociais, mais persiste na situação psicologica rudimentaria de que ja estão afastadas as classes cultas. Tal e o phenomeno da sobrevivencia das costumes entre o povo.»

bres del sentido que primitivamente tuvieron, unas veces éstos, y otras los conocimientos á que se referían, llegan á desarticularse completamente, quedando como fórmulas vacías, verdaderos juguetes, fósiles, en una palabra, de remotas edades. En este sentido, el pueblo es un verdadero relicario, una cantera, un escorial, un conglomerado de restos de pensamientos y de costumbres perdidas, un verdadero museo de antigüedades, cuyo valor y precio es completamente ignorado por el poseedor. El pueblo viene á ser como una especie de señor opulentísimo, pero ignorante, que tiene en sus desvanes multitud de joyas cuyo valor desconoce por completo. En él se va formando, por decirlo así, una region de pensamiento completamente inconsciente, especie de fardo inútil para él, que retarda y dificulta su viaje por el camino de la civilizacion y del progreso.

(Concluirá.)

GEOLOGÍA COMPARADA DE LA LUNA Y LA TIERRA,

por M. Faye.

(Continuacion) (1).

VII. Era concepcion digna del ilustre geólogo la de relacionar los grandes rasgos de la historia del globo con su enfriamiento; pero como esto solo no basta, el autor le ha unido otra hipótesis; supone que tiende á formarse un vacío entre la corteza y el núcleo, vacío que no podría hacerse sensible sin provocar el aplastamiento súbito de una porcion de la costra. Esto es inaceptable: si, por la contraccion del núcleo que la sostiene, llegase la corteza á ser demasiado amplia, su enorme peso la obligaría á caer, determinando una imperceptible contraccion y un ligero aumento de temperatura. Es más probable que la corteza terrestre, al aumentar de espesor, se haya resquebrajado y hendido en diversos sentidos, y la masa líquida interior se haya inyectado por la presion hasta las hendiduras de las capas sedimentarias. Tomo como tipo de comparacion el Mont-Blanc.

Fácil es reconocer allí el efecto de un empuje vertical que ha hecho surgir masas plutonianas á través de las capas superiores, fracturadas y levantadas, empujándolas lateralmente á modo de cuña.

Pero sin disentir sobre las velocidades comparadas del enfriamiento interno y externo, para lo que faltan datos, me limitaré al argumento siguiente. La causa indicada por M. E. de Beaumont es general, y segun su pensamiento, sería aplicable á todos los globos planetarios, y por consiguiente á la Luna. Desde luego si la geología de este astro hubiera procedido por el aplastamiento de un

cierto número de husos, se hallarian huellas de ello sobre la Luna. Compárese el hemisferio visible de la Luna con la Tierra: la cadena de los Andes sería, segun la hipótesis de E. de Beaumont, efecto del aplastamiento trasversal de un huso de la costra terrestre; pues bien, en la Luna, que se ha enfriado lo mismo que la Tierra, no hay nada parecido; no se ve allí sino circos ó mares próximamente circulares. Los estrellados alrededor de algunos circos, en el de Tycho sobre todo, no tienen relacion alguna con el aplastamiento que hubieran hecho surgir las cadenas de montañas terrestres; son, por el contrario, fisuras por las que se ha desparramado una materia líquida; pero el desnivel, si lo hay, es tan pequeño que no proyecta sombra alguna.

Este primer ensayo de comparacion, basta ya para desechar la teoria de E. de Beaumont, y nos muestra que, si bien la causa primaria es el enfriamiento, debe de haber otras causas peculiares á cada globo en virtud de las cuales el enfriamiento ha tomado una marcha particular en cada uno de ellos, produciendo por tanto resultados geológicos diferentes.

VIII. Respecto á la Tierra, creí haber descubierto esta causa, discutiendo un fenómeno muy notable que nos ha revelado el sondeo de las grandes profundidades del mar, hecho por sabios navegantes. Hé aquí el párrafo donde creo que por primera vez fué señalado: «La temperatura de 1,4° hallada por nosotros bajo el ecuador á ménos de 3.740 m. de profundidad es muy notable y prueba una comunicacion directa de los mares polares con los ecuatoriales. La comparacion de esta temperatura con la que se encontraria en tierra á igual profundidad, evaluable en 150°, muestra la perturbacion que el mar introduce en la regularidad de las superficies isotermas del globo. Elevándose sobre el nivel del mar á una altura próximamente igual á la profundidad de este punto, se hallaria la misma temperatura de 1,4°, de modo que las dos hojas de la superficie isoterma se encuentran separadas en estos parajes unas dos leguas próximamente» (1).

Después del viaje de la *Venus*, otros navegantes han comprobado este hecho, que no ha pasado inadvertido para los geólogos; pero se han limitado á concluir que en los sedimentos depositados en el fondo de los mares debe elevarse la temperatura por la afluencia del calor central, cuya pérdida se eleva; de modo que si el mar desapareciera, la temperatura tomara en las capas sólidas la misma marcha que en los continentes.

Pero estas consecuencias carecen de interés. Yo deduje que el enfriamiento interno del globo debía seguir bajo el mar muy diferente marcha

(1) Véase el número anterior del BOLETIN.

(1) M. de Tessau.—*Voyage autour du monde*, 1838, página 395.

que bajo los continentes, puesto que á igual distancia del centro hay ya 150° de diferencia entre las dos regiones; y decia: el calor bajo el mar es absorbido inmediatamente, pues se pone en contacto con el frio del espacio por el continuo aflujo de las aguas polares, mientras que bajo un continente, cuando ha llegado á la misma profundidad, tiene aún que atravesar 4.000 m. de rocas poco conductoras; y por último, la inhibicion del agua, más profunda bajo el mar, debe acelerar más la velocidad local del enfriamiento. Los mares son muy antiguos; luego la costra sólida debe ser bajo ellos más espesa que en los continentes, debe pesar más sobre el núcleo líquido, y transmitiéndose este exceso de presión por la masa líquida, se restablecerá el equilibrio por una elevación de las partes débiles de la corteza. Así veía yo la solución del problema geológico: bajo los mares, enfriamiento más rápido y mayor peso de la costra sobre el núcleo que en los continentes.

Consulté con E. de Beaumont, pero no acogió bien esta idea, por lo cual la abandoné y olvidé, hasta que trabajos geodésicos me condujeron á ella por muy diferente camino.

En su origen era la Tierra un elipsoide de revolución aplastado por los polos, y desde entonces las cuencas del Atlántico y Pacífico se han deprimido unos 4.000 m. por término medio (8.000 m. en algunos sitios); los continentes han subido con sus mesetas á más de una legua y algunas montañas cerca de dos.

Á propósito de esto, recordamos una distinción delicada, que adquiere aquí singular importancia, entre la figura geológica del globo y su figura matemática. La última está definida por la condicion de ser en toda su extensión, normal á la dirección de la gravedad. Si se cubriera el globo con un fluido muy rarificado y en equilibrio, su superficie sería una superficie de nivel; por lo tanto, la figura matemática de la Tierra (que es también una superficie de nivel) será la superficie de los mares prolongada idealmente bajo los continentes. Los geómetras de principios del siglo, impresionados por las irregularidades de la Tierra, concluían que esta no podía ser un elipsoide de revolución como en su origen. Pues bien, las medidas geodésicas conducen hoy á esta conclusión chocante que la Tierra es todavía un elipsoide de revolución aplastado $\frac{1}{291}$. Luego

las enormes deformidades aparentes de la Tierra están compensadas por algo que no vemos.

Al mismo resultado conduce el estudio de la forma del globo por la observación de la intensidad de la gravedad en todas las regiones. La atracción observada, reducida al nivel de los mares, no está influida ni por el abultamiento del Himalaya, ni por la falta de densidad de las aguas de los Océanos respecto de las capas sólidas cuyo lugar ocupan. Es menes-

ter, pues, que haya compensación, que haya alguna disminución de densidad debajo de los continentes, para compensar los materiales levantados, y que debajo de los mares haya un exceso de densidad que compense la densidad de las aguas, dos ó tres veces menor. Son estas nociones nuevas en la ciencia; examinándolas volví á mi primera idea, la sugerida por los sondeos marinos, y entonces la doble compensación exigida por el estudio de la figura matemática del globo, que pareció resultar de esta consideración tan sencilla: que el enfriamiento del globo y, por consiguiente el espesor de su costra, avanzan más y son más profundos bajo los mares que bajo los continentes. De donde resultan inmediatamente los movimientos geológicos. En un principio la corteza delgada y de espesor uniforme ejercía la presión por igual sobre el núcleo líquido. Por la acción de los mares se ha ido espesando más rápidamente en las regiones donde el agua era más profunda que en las ocupadas por archipiélagos, y de aquí una desigualdad de presión sobre el núcleo, resultando un aplastamiento en la primera región, y un empuje de abajo á arriba en la segunda. Esta oscilación, muy débil al principio, se fué acentuando, aunque con mucha lentitud, á medida que se delineaban y extendían las cuencas de los mares, pero no ha podido efectuarse sin producir alteraciones de emersión ó immersion, según los puntos débiles ó las líneas de fractura que presentaba la corteza terrestre. En general puede decirse que las cuencas actuales no deben diferir enormemente de las primitivas, conclusión que no parece estar en desacuerdo con la opinión de los geólogos.

Es de notar que esta compensación no ha debido desalojar sensiblemente los ejes de inercia de la Tierra; las regiones macizas y deprimidas de la costra están próximamente opuestas, de igual modo que las partes delgadas y elevadas. Por ejemplo, la acción que ha levantado el Asia central y Nueva Holanda, ha levantado también, á 180° de ellas, las dos Américas, que tienen próximamente la misma disposición oblicua respecto á los meridianos.

Á los geólogos toca llevar más lejos estas deducciones; yo me limitaré á hacer notar que la Luna, privada de agua, no ha debido presentar la misma desigualdad que la Tierra en el enfriamiento y formación de su corteza; y que, en efecto, no presenta ni cuencas profundas, ni continentes elevados, ni cadenas de montañas, nada, en fin, de lo que caracteriza la acción del agua en el enfriamiento de la costra terrestre. Los accidentes que presenta proceden de muy otra causa.

IX. Además de esta acción lenta y progresiva, ha producido la intervención del agua fenómenos secundarios de un carácter muy diferente. Allí donde las aguas, en vez de filtrarse lentamente, llegan á las capas incandescentes

en mayor abundancia, por fisuras preexistentes, ó á través de rocas porosas, accionan bajo una fuerte presión y al color rojo, atacando los silicatos básicos de las rocas profundas y los trasforman en lavas, es decir, en masa vítrea esponjosa y fluida que posee una fuerza elástica prodigiosa. Esta materia, verdaderamente explosiva, acumulada en las regiones profundas donde la resistencia de la corteza terrestre se ha debilitado ya (como en los contornos de los Océanos), produce un enérgico empuje sobre las capas superiores, las levanta en forma de domos, se abre una salida por ellos y se manifiesta al exterior con fenómenos violentísimos. La lava fluye por el canal que se ha abierto, se dilata prodigiosamente á medida que la presión disminuye, y por efecto de una explosión súbita se reduce á polvo, que brota con detonaciones violentas. Estas explosiones repetidas arrojan una columna vertical de cenizas, bloques incandescentes, y sobre todo, torrentes de vapor de agua que se condensa rápidamente en nubes que forman un penacho parecido á la copa del pino parasol.

Luego viene una lava ménos hirviente, aunque cargada todavía de vapor de agua, corre desde el cráter formando arroyos de fuego en las laderas del volcan y regiones vecinas. Por último, se agota la corriente y termina la erupción.

Así pues, la actividad volcánica produce en pequeño en localidades muy restringidas, levantamientos, fracturas é inyecciones de materias fundidas, de igual modo que la causa general que hemos señalado, pero con un carácter mecánico muy diferente. La causa general de los fenómenos geológicos resulta de una presión que crece lentamente, sobre el núcleo líquido, y que empuja en cierta dirección una pequeña parte de la masa líquida, pero no explosiva, y esto en una gran extensión superficial. Su fuerza volcánica, por el contrario, es violenta y local; está subordinada á la otra causa y no se manifiesta sino en las regiones en que aquella ha acabado por fracturar la corteza y hecho surgir montañas. Allí el agua penetra hasta las capas profundas y constituye por ejemplo ese cinturón de volcanes que ciñe la cuenca del Pacífico. El papel del agua es directo, evidente, esencial; si consideramos un astro donde no existe el agua, podemos afirmar que en ese astro no existen volcanes.

X. Examinemos la Luna y su especial geología. La superficie no nos ofrece *terra incognita* como nuestros mapamundis; en ella todo se ha apreciado topográficamente, y medido por astrónomos como Cassini, La Hire, Lohrmann, Gruithuizen, Beer y Mädler, Schmidt, Nasmyth, etc... Ha sido espléndidamente fotografiada por M. Rutherfurd. Todos los meses podeis considerarla bajo todos sus aspectos é iluminaciones posibles, con un buen antejo ó telescopio. Son precisos todos estos recur-

sos. Hace falta: un mapa bien hecho para reconocer las relaciones exactas de situación; medidas precisas para las alturas y profundidades; fotografías para recordar los efectos debidos á una iluminación dada, y para evitar los efectos desastrosos de los dibujos geométricos, ó descripciones. Pero nada reemplaza á la observación directa. Es preciso observar por sí mismo con el espíritu libre de ideas preconcebidas.

Lo que primero choca en la Luna, después de los mares sombríos que se distinguen á simple vista y que constituyen la figura de que habla ya Plutarco en su opúsculo *De facie in orbe Lunae*, es el predominio de las formaciones circulares, crateriformes, de todas dimensiones, de las que está acribillada en las regiones más blancas y brillantes. Los mares oscuros de contornos ménos limpios, son también circulares, entrelazándose unos con otros. No hay cadenas de montañas. Las que así suelen llamarse, los Apeninos, los Alpes, los Cárpatos lunares, son series de picos aislados que tienen tanta relación con sus homónimos terrestres, como la *Mare Serenitatis*, la *Mare Somnium*, la *Mare putredinis*, con el Mediterráneo ó el Caspio. Han recibido estos nombres en virtud de analogías en que se complacían los primeros selenógrafos.

No hay allí ni esas altas mesetas ni esas depresiones profundas que alterarían visiblemente el contorno de la Tierra, vista desde la Luna. Esta es perfectamente redonda; las mediciones más precisas de Bessel y de Wichmann (1), no han acusado irregularidad alguna.

Luego vienen los estrellados cuyo sistema principal tiene por centro el circo de Tycho. Son bandas luminosas de arcos de círculo máximo que divergen de un centro y se prolongan en extensiones inmensas, á través de todos los accidentes. Nada dará mejor idea de esto que la rotura de un cristal por una piedra. Al contrario de los demás accidentes que como mejor se ven es con iluminación oblicua, por estar en relieve, estos no son bien visibles más que en el plenilunio.

Aparecen, por último, las fallas ó fisuras debidas probablemente á una simple contracción. Son hendiduras estrechas, lineales, bastante irregulares y muy difíciles de hallar. Es menester una iluminación oblicua. Lo mismo aparecen con luz de la derecha que con luz de la izquierda, porque sus bordes no presentan las grandes diferencias de nivel que se observan en casi todas las fallas terrestres.

El aspecto general de estos extraños paisajes lunares responde bien á la falta absoluta

(1) En teoría la Luna debe ser un elipsoide de tres ejes desiguales; pero estando dirigido hacia la Tierra el más largo, y no difiriendo los otros más que unos 40 metros, para nosotros el disco resulta perfectamente circular.

de agua y de aire, puesto que nada se ve allí que se asemeje á sedimentos, erosiones ó transporte de materiales á gran distancia, no existe desgaste de ninguna especie. Las aristas están vivas, las cimas agudas, las pendientes tienen una inclinación espantosa en el interior de los circos. Los únicos indicios de desgaste se reducen á bloques esparcidos al pié de ciertas salientes de las cuales se habrán desprendido por efecto de las considerables variaciones de temperatura del día á la noche, á consecuencia de algun hueco, ó quizá por la condición friable de ciertas rocas. No se podrá, pues, admitir que la Luna haya tenido mares y atmósfera; el agua y el aire hubieran señalado su acción por rasgos semejantes á los que subsistirían en toda la Tierra, aunque estos agentes hubieran cesado de obrar.

XI. Parecerá contradictorio con lo que acabamos de exponer el parecido entre los circos lunares y los cráteres terrestres. Sobre este punto dice M. Poulett-Scrope: «La analogía es tal, que es imposible dudar un solo instante del carácter volcánico de la costra lunar. La generalidad de estos cráteres, dice Sir J. Herschel, ofrece una uniformidad singular. Son asombrosamente numerosos, ocupando la mayor parte de la superficie visible de la Luna, casi todos exactamente circulares ó en forma de copa. Los más considerables tienen, por lo general, un fondo llano, en el centro del cual se eleva una colina cónica muy empinada. En una palabra, presentan, con la mayor perfección, el verdadero tipo volcánico, como puede verse en el cráter del Vesubio, ó en un plano de la región volcánica de los campos Flegreos ó de Puy-de-Dôme.»

Grandes autoridades son estas; pero ¿qué valen las autoridades científicas ante un silogismo basado sobre buenas premisas, tal como este: No hay volcanes sin la intervención de vapores ó gases: la Luna no tiene agua ni gases, luego los circos lunares no son volcanes? En efecto, ¿cómo es posible que se produzcan explosiones y erupciones sin gases elásticos y que materiales en plena fusión, pero muy por bajo de su punto de disociación, en los que no hay ni una burbuja de aire ni una gota de agua, lancen á millares de metros de altura otros materiales no menos desprovistos de gases, simplemente fundidos por el calor? Aún no ha descubierto la química semejantes sustancias. En cuanto á la figura de la pág. 202 de la excelente obra de M. Scrope, en que confronta el Vesubio con los campos Flegreos y el circo lunar de *Maurolycos*, es fácil ver: 1.º Que el dibujante no ha visto la Luna, ó que para complacer al autor ha alterado el aspecto de las formaciones lunares. 2.º Que el Vesubio se parece á dicho circo, sobre poco más ó menos, como una eminencia se parece á un agujero.

En efecto, el carácter dominante en los cir-

cos lunares es el geométrico, en oposición con los volcanes terrestres, que son montañas cónicas de algunos miles de metros de altura, que tienen en el vértice un cráter de algunos centenares de metros de profundidad, mientras que los circos lunares son pozos, cuyo reborde tiene centenares de metros de altura y el fondo millares de metros de profundidad.

M. Poulett Scrope pone como ejemplo un croquis de la cumbre del Vesubio en 1757; pero no hay que olvidar que no es si no la cumbre, un cráter adventicio, omitiéndose en la figura el cuerpo y el gran cono de la montaña. Hoy todo ha cambiado; el cráter superior se ha rellenado de lavas, cuyas fisuras dejan salir vapores ácidos, mientras que el pequeño cono de erupción que se alza encima vomita incesantemente bocanadas de nubes y lanza á cada instante piedras fundidas. Hoy, lo mismo que en el siglo pasado, el fondo del cráter está á unos 1.000 m. sobre el suelo. No es esto una particularidad del Vesubio, es un carácter general de todos los volcanes terrestres, puesto que provienen de una fuerza explosiva almacenada á una gran profundidad, fuerza que determina al principio el levantamiento de las capas y acaba por abrirse violentamente una salida; y como los volcanes se establecen en puntos débiles, sobre fracturas ya existentes, la fuerza subterránea tiene el camino abierto para levantar las capas ya rotas. La erupción acumula materiales que hacen subir el orificio volcánico, á no ser que una explosión de extremada violencia venga á lanzar por los aires el cono así formado, reduciéndose la montaña á la primera abertura, que se encuentra á un nivel superior, salvo los casos de hundimientos locales muy considerables.

La forma de los volcanes depende, pues, del mecanismo de las erupciones. Hay otra clase de volcanes antiguos sin cono central como el Vesubio, y cuya actividad se ha reducido probablemente á una erupción; la excavación del cráter en lo alto de estas montañas les da una especie de perfil cornudo ó en forma de silla de montar. Este es el aspecto de los volcanes de la Auvernia.

Otro carácter propio de los volcanes terrestres, es que en cada erupción, la lava que sale forma un río de fuego que desciende por los flancos de la montaña, según la línea de máxima pendiente; consecuencia natural de que el punto de donde sale la lava está más elevado que el suelo ambiente.

Los circos lunares, por el contrario, presentan todos la doble particularidad de que su fondo se encuentra por debajo del suelo ambiente, y que los derrames de materia fundida que han formado su recinto son circulares; no hay corrientes de lava propiamente dichas.

La depresión del fondo es enorme; los circos medios son abismos de miles de metros de profundidad, de los que nada hay en la Tierra

que pueda dar idea. Si al contemplarlos con el anteojo impresionan poco, es porque la Luna dista 96.000 leguas de nosotros. En el circo de Copérnico, segun las medidas más precisas, la cresta se alza á 800 m. sobre el suelo ambiente (1), y á 3.440 m. por cima del fondo. Por lo tanto, el fondo se halla á 2.600 m. por debajo del suelo. En cuanto á las ondas de lava, están colocadas en círculos alrededor de estos pozos gigantescos, á guisa de brocales.

(Concluirá.)

INSTITUCION.

ESCRITURA DE COMPRA-VENTA

DEL HOTEL EN QUE SE HALLA ESTABLECIDA
LA «INSTITUCION».

(Conclusion.)

Cargas.—Del citado título de propiedad y de los anteriores, resumidos en la certificación expedida por el Registrador de la Propiedad del distrito del Norte, con fecha trece del actual, con respecto á cargas, lo siguiente: 1.º Que la finca sigue inscrita en la actualidad, á favor del referido señor don Jesús Antonio Noguerol y Soto, quien la adquirió como queda dicho por herencia de su esposa doña María Teresa de Aizpúrua, y como pagador de legados, ascendentes éstos á la suma de cincuenta y cinco mil quinientas pesetas, remitiéndose al citado testimonio del Notario Alonso Caballero, y á la mencionada inscripción undécima. 2.º Que sobre esta finca, á partir desde el día primero de Julio de mil ochocientos cincuenta y siete hasta la fecha de dicha certificación, se ha impuesto, entre otras cargas que fueron canceladas, la siguiente:

Al adjudicarse á don Valeriano Casanueva la casa con jardín, situada en esta Villa y Paseo del Obelisco, números ocho moderno, diez y doce antiguos, de la manzana sesenta y seis que forma parte de la finca objeto de la certificación, y otras fincas en concepto de pagador de deudas de la testamentaria de su esposa doña Antonia Silvela y de la Villeuse, ascendentes á la suma de un millon trescientos veinte y nueve mil doscientos cincuenta y seis reales, se consignó por la oficina liquidadora del impuesto sobre derechos reales y transmisión de bienes en el documento que se relacionará; presentada al efecto una nota que dice, que el don Valeriano Casanueva, encargado de satisfacer las deudas que tenía contra sí la testamentaria de su esposa, se hallaba exento del pago de derechos de hipotecas en favor

del Estado por los bienes que le fueron adjudicados con aquel objeto, pero que no sucedería lo mismo el día en que pagase con su peculio particular el importe de aquellas, é hiciere por este medio suyos los bienes adjudicados á este fin, y en cuyo caso abonaría los que fueran el mismo interesado ó los acreedores á la testamentaria, si los indicados bienes se les adjudicasen en compensación de sus respectivos créditos; segun así resulta de la inscripción tercera de la finca número cincuenta, obrante al folio trescientos trece vuelto del tomo segundo antiguo, extendida en virtud del testimonio de adjudicación, librado en esta Corte, el trece de Noviembre de mil ochocientos sesenta y tres por el Escribano don Vicente Reyter; lo cual declara el Registrador que se consigna en la citada certificación, mediante á no aparecer cancelada dicha nota, y que no existía en el Diario asiento alguno pendiente de inscripción, referente á la citada finca.

El señor Noguerol declara, bajo su responsabilidad, que ninguna resulta hay sobre la casa de que se trata, y que, á pesar de lo que se indica en la certificación, estando completamente pagados y satisfechos todos los legados, como resulta del mismo testimonio que lo estaban ya en su mayor parte al hacerse la adjudicación de esta finca al señor Noguerol, quedará obligado en todo tiempo á practicar cuantas gestiones y diligencias fueren necesarias, y al pago de los gastos que se originasen para cancelar la nota á que se refiere la certificación ó cualquier otra que pudiere aparecer. Y para que conste debidamente acreditado este extremo, se une en este lugar la citada certificación del Registro, que es la siguiente:

«Señor Registrador de la Propiedad del distrito del Norte.

«Don Jesús Antonio Noguerol y Soto, vecino de esta Corte, calle de la Corredera Baja, número treinta y siete, con cédula de segunda clase, número veintidos, á V. S. expone: le conviene acreditar que es dueño de la casa número ocho del Paseo del Obelisco, inscrita á su nombre en las oficinas del digno cargo de V. S. al tomo quinientos ochenta y cuatro, folio doscientos veinticinco, finca número mil ciento once, inscripción once, y que la referida casa no tiene sobre sí carga alguna en el período de treinta años hasta hoy. Y suplico á V. S. se digne expedirle certificación que acredite los particulares expresados.—Madrid, Julio ocho, de mil ochocientos ochenta y siete.

—*Jesús Antonio Noguerol.*»

«Don Gaspar Fernandez Castañon y Gonzalez, Registrador de la Propiedad del Norte de esta Capital,

«Certifico: Que en vista de la precedente solicitud que firma don Jesús Antonio Noguerol, he examinado los antecedentes de este Registro, á fin de librar la certificación que se interesa en la misma, y de ellos resulta:

(1) No hay en la Luna superficie de nivel de los mares para medir las alturas; pero el conjunto de sus llanos forma una superficie análoga casi tan regular, y en muchos casos con la suficiente limpidez para servir de plano de comparación en la medida de las alturas absolutas por medio de las sombras arrojadas muy oblicuamente.

»Primero. Que la casa y jardin situada en esta Corte y su Paseo del Obelisco, números diez y doce antiguos, ocho moderno de la manzana sesenta y seis, que es en esta oficina, la finca mil ciento once, folio ciento setenta y tres del tomo doscientos noventa y nueve antiguo, aparece inscrita en la actualidad á favor del don Jesús Antonio Noguerol y Soto, quien la adquirió por herencia de su esposa doña María Teresa de Aizpúrua y Aizpúrua, y como pagador de legados, ascendentes estos á la suma de cincuenta y cinco mil quinientas pesetas, segun más por menor consta del testimonio de adjudicación librado en esta Corte el veinte de Noviembre de mil ochocientos sesenta y seis, por el Notario don Zacarías Alonso y Caballero, cuyo documento causó la inscripción undécima de dicha finca, que obra al folio doscientos veinticinco del tomo quinientos ochenta y cuatro antiguo.

»Segundo. Sobre esta finca, á partir desde el día primero de Julio de mil ochocientos cincuenta y siete hasta la fecha, se ha impuesto, entre otras cargas que fueron canceladas, la siguiente: Al adjudicarse á don Valeriano Casanueva la casa con jardin situada en esta villa y Paseo del Obelisco, números ocho moderno, diez y doce antiguos de la manzana sesenta y seis, que forma parte de la finca objeto de esta certificación y otras fincas, en concepto de pagador de deudas de la testamentaria de su esposa doña Antonia Silvela y de la Villeuse, ascendentes á la suma de un millon trescientos veintiun mil doscientos cincuenta y siete reales, se consignó por la oficina liquidadora del impuesto sobre derechos reales y trasmision de bienes en el documento que se relacionará presentado al efecto, una nota que dice:

«Que el don Valeriano Villanueva (1) encargado de satisfacer las deudas que tenía contra sí la testamentaria de su esposa, se hallaba exento del pago de derechos de hipotecas en favor del Estado, por los bienes que le fueron adjudicados con aquel objeto; pero que no sucedería lo mismo el día en que pagase con su peculio particular el importe de aquellas, é hiciese por este medio suyos los bienes adjudicados á este fin, en cuyo caso abonaría los que fueran el mismo interesado á los acreedores á la testamentaria, si los indicados bienes se le adjudicasen en compensacion de sus respectivos créditos;» segun así resulta de la inscripción tercera de la finca número cincuenta, obrante al folio trescientos trece vuelto del tomo segundo antiguo, extendida en virtud del testimonio de adjudicación librado en esta corte el trece de Noviembre de mil ochocientos sesenta y tres, por el escribano don Vicente Reyter, lo cual se consigna mediante á no aparecer cancelada dicha nota.

(1) Así dice la certificación.

Y no existiendo en el Diario asiento alguno pendiente de inscripción que se refiera á la mencionada finca, extendiendo y firmo la presente en Madrid á trece de Julio de mil ochocientos ochenta y siete.—*Gaspar J. Castañón*.—Hay un sello del Registro de la Propiedad del Norte de Madrid.»

Sigue la escritura.—Cuya certificación queda unida á la presente matriz y se insertará en sus copias.

2.º Que bajo la base de hallarse la referida finca completamente libre y exenta de toda carga y gravámen, la *Institucion Libre de Enseñanza* ha convenido con el señor Noguerol la compra de la finca deslindada, sin incluir la dotacion del agua que quedará de la propiedad del señor Noguerol, y habrá de ser objeto de otro contrato, y en el precio y condiciones que se expresarán:

Por tanto, llevando á efecto lo convenido, el referido señor don Jesús Antonio Noguerol y Soto, otorga:

Que vende y da, en venta real, por juro de heredad y perpetua enajenacion, á favor de la Sociedad anónima *Institucion Libre de Enseñanza*, domiciliada en esta Corte, á quien representa en este acto su Presidente, excelentísimo señor don Segismundo Moret, la referida finca en la forma contenida en las siguientes cláusulas:

Primera. El vendedor trasmite la propiedad y dominio pleno de la referida casa, Paseo del Obelisco, número ocho nuevo, diez y doce antiguos de la manzana sesenta y seis, cuya descripcion queda hecha, á favor de la *Institucion Libre de Enseñanza*, y quien en cualquier tiempo la represente, con todas sus pertenencias, entradas y salidas, usos, derechos y servidumbres, y cuantos puedan corresponderle de hecho y de derecho, sin reservacion alguna, libre y exenta de toda carga y gravámen, por precio y cuantía de *ciento quince mil pesetas*, que el señor Moret, á nombre de la *Institucion Libre de Enseñanza*, entrega en este acto al vendedor señor Noguerol en un talon del Banco de España, número ciento cuarenta mil doscientos cincuenta y nueve, que este reconoció, y hallando conforme dicha suma la pasó á su poder, de cuya entrega y recibo doy fé.—Y como pagado y satisfecho de dicha cantidad, importe total del precio de esta venta, formaliza á favor de la *Institucion Libre de Enseñanza*, la más firme y eficaz carta de pago que conduzca á su seguridad.

Segunda. Ambas partes declaran que las *ciento quince mil pesetas*, precio de esta venta, son el justo y verdadero valor de la finca que se vende, renunciando á toda accion rescisoria por lesion, y conviniendo que, una vez inscrita esta venta en el Registro de la Propiedad, no se anulará ni rescindiré entre los mismos, ni en perjuicio de tercero por ninguna de las causas consignadas en el artículo treinta y ocho de la Ley Hipotecaria.

Tercera. La Sociedad *Institucion libre de Enseñanza* entrará desde hoy, sin otro acto que el otorgamiento de la presente escritura, en el pleno uso y ejercicio de todos los derechos y dominio que al vendedor correspondían sobre la finca que se vende, á cuyo fin recibirá copia de esta escritura, y entrega en este acto al excelentísimo señor Presidente de la Sociedad, señor Moret, los títulos de propiedad en señal de posesion, obligándose á la eviccion y saneamiento en forma.

Cuarta. Los otorgantes eligen esta villa de Madrid como su vecindad para todos los actos y notificaciones que puedan tener lugar por razon de este contrato, sometiéndose expresamente á los señores jueces ordinarios de la misma.

Quinta. El excelentísimo señor Presidente don Segismundo Moret y Prendergast, á nombre de la *Institucion libre de Enseñanza*, acepta esta escritura y la venta que contiene.

El vendedor declara que la finca está corriente del pago de contribuciones y de seguros, no debiéndose cantidad alguna por ningún concepto.

Sexta. Se hace expresa reserva de la hipoteca legal correspondiente al Estado, á la Provincia y al Municipio, á pesar de la declaracion anterior, y en cumplimiento de la ley, á favor del Estado, por las dos últimas anualidades repartidas y no satisfechas, y de las sociedades de seguros por los dos últimos dividendos ó anualidades que asimismo hubiesen sido distribuidos y no pagados.

Sétima. Se advierte que esta venta, como adquisicion hecha para un establecimiento de instruccion pública, debe presentarse en la Oficina de liquidacion del impuesto de transmision de bienes y derechos reales, dentro del término de treinta dias siguientes á este otorgamiento, y en el Registro de la propiedad para su inscripcion, sin cuyo requisito no se admitirá en los Tribunales, Consejos ni Oficinas del Estado, ni surtirá efecto contra tercero, salvo los dos casos de excepcion del artículo trescientos noventa y seis de la Ley Hipotecaria.

Tal es el título de propiedad que los otorgantes formalizan para que pueda ser inscrito á nombre de la Sociedad compradora, el cual se obligan á guardar y cumplir en la más solemne forma.

En fe de lo cual, así lo otorgan y firman, con los testigos instrumentales don Hermenegildo Giner de los Rios y don Mariano Alejandro y Oliveros, de esta vecindad, previa lectura que les hice, y enterados de su derecho para leerlo por sí. De todo lo cual doy fé.—S. Moret.—Jesús Antonio Noguero.—H. Giner de los Rios.—Mariano Alejandro Oliveros.—Signado: José Gonzalo de las Casas, con rúbrica.

Es primera copia de su matriz, á cuyo otorgamiento fué presente, y queda al número

trescientos seis de mi protocolo corriente. En fe de lo cual y de quedar anotada, expido la presente para la Sociedad anónima titulada *Institucion libre de Enseñanza*, en un pliego clase primera, número nueve mil doscientos ochenta y ocho, y ocho de la duodécima, números tres millones ciento setenta y un mil setecientos sesenta al sesenta y siete inclusive, que signo y firmo en Madrid á veintidos de Julio de mil ochocientos ochenta y siete.—Signado: José Gonzalo de las Casas, con rúbrica.—Hay un sello de la Notaría.

Presentado este documento el 27 de Julio último, se han satisfecho al Tesoro público en el día de hoy por la *Institucion libre de Enseñanza*, ciento quince pesetas en concepto de Instruccion, y dos pesetas veinte y tres céntimos por premio de liquidacion, segun el párrafo números 50 y 51 de la Instruccion. Madrid 1.º de Agosto de 1887.—El abogado del Estado, P. Peon.—Hay un sello de la Liquidacion del impuesto de derechos reales.—Madrid.

Inscrito el precedente documento en el tomo 439 del archivo 22 de la 2.ª seccion, folio 66, finca 399, inscripcion 1.ª Madrid, á 6 de Agosto de 1887.—Por el Registrador, el Sustituto, Pedro R. de Apodaca.—Hay un sello del Registro de la Propiedad del Norte.—Madrid.

Visado al núm. 1822 de Intervencion.—Madrid 27 Julio 1887.—Hay un sello de la Liquidacion del Impuesto de derechos reales de Madrid.

LIBROS RECIBIDOS.

Universidad Central.—*Memoria estadística del curso de 1885 á 1886 y Anuario de 1886-87 del distrito universitario*.—Madrid, 1887.

El Instituto de señoritas y la Escuela Normal de Santo Domingo.—*Investidura oficial de las seis primeras maestras normales de la República Dominicana*.—Santo Domingo, 1887.

Araujo (D. Fernando).—*La enseñanza académica y la popular*.—Discurso inaugural de la Escuela municipal de Artes y Oficios de Salamanca.—Salamanca, 1887.

CORRESPONDENCIA.

D. I. R.—Leon.—Recibidas 10 pesetas por conducto de D. G. F. para pago de su suscripcion del año actual.

D. M. G. P.—Minas de la Ballesta.—*Alondiguilla* (Córdoba).—Idem libranza de 10 pesetas por id. id. del Sr. Q., por su suscripcion de los años 1886 y 1887.

D. E. O.—Atoga.—Recibida libranza de 5 pesetas correspondiente á su suscripcion del año actual.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.